Un autobús urbano rumbo al centro
acoge
entre las huellas del gas-oil quemado
una frágil estela de colonia a granel
(muchacha suburbana cosmética introduce
el billete en el bolso imitación de
legítimo ante rectifica furtiva en el espejo
la línea de los ojos certifica la
presencia sedante del paquete de rubio
emboquillado derecho de admisión)
y llega a la parada
donde
a pie firme desciende
–sobre su origen procedencia nada
queda escrito; del yeso
en las manos de padre la bayeta
servil de casa bien
de madre ya otros tiempos– las amigas
estarán al llegar
la luz ha caído ya cuando
–sucede mientras que
es primavera y suena
la bocanada dulce de la música happy
together en un cielo
sólo para dos–
llegan a la penumbra de una boite
–¡proletaria on the rocks
qué tal!– en tanto
que renace el martini
ritual
(lo que sigue es la historia
de una tarde
con resquemor de alcohol
y palabras de amor posiblemente)
un autobús urbano rumbo al extrarradio
oculta bajo su agrio traqueteo
la rabia transitoria de una niña
que el sábado siguiente
volverá a ser la dulce cenicienta en palacio.